



## CRÓNICAS (IMPOSIBLES) DE LA ESPAÑA QUE ENTERNECERÍA A "LIFE"

Se supone que el comunismo ha triunfado en España, el poder es ocupado por un individuo conocido por «El Campesino», que durante la guerra de liberación española pasó de la nada a general. «El Campesino» (Valentín González) vivió muchos años en Rusia, al servicio del Kremlin, estas supuestas crónicas de una periodista norteamericana muestran muy levemente lo que sería en aquel imposible caso la «vida» en España.

Madrid.—(Crónica de Mistress Anna Smith, enviada especial del «New Look»).

Contra mis propósitos, esta primera crónica que envío al «New Look» no está escrita aún desde España. Hube de detenerme en Bayona de Francia porque se han presentado algunas dificultades para el paso de la frontera. A pesar de que mis papeles están en regla y de que nada se opondría, en definitiva, a que logre penetrar en el territorio de las Repúblicas Populares Españolas, tengo que reconocer que descuidé varias pequeñas formalidades por ignorar que eran imprescindibles. He tenido que llenar un cuestionario en el que había algunas preguntas imprevisibles, entre ellas si tenía amistad con algún cura y si entre mis conocimientos físicos o químicos figuraban algunas nociones relacionadas con los átomos.

El que me interrogó acerca de éstos y otros extremos fué el señor cónsul de las Repúblicas en persona. Se trata de un hombre muy inteligente que, antes de la revolución se dedicaba a hacer trabajos muy curiosos con fibras de cáñamo y esparto, obteniendo esteras y hasta una especie de calzado llamado *al par jatas* (así me lo escribió en un papel), que producían un gran alivio en los cansados pies de los proletarios. La meritoria

preocupación que tal trabajo suponía en favor de las clases más modestas de la sociedad fué tenida en cuenta y premiada con el puesto que ahora ocupa y que no representa sino un escalón en su carrera, ya que se habla de él para ocupar el cargo de embajador en Belgrado.

Fiel a la verdad, declaré que conocía y aun había saludado más de una vez a Mister Thompson, sacristán de una iglesia de Ohio, y el señor cónsul, aunque pareció meditar un instante, no dedujo del hecho ninguna objeción hostil, lo que me llevó a pensar que se ha exagerado mucho acerca de la intrasigencia de estos funcionarios del régimen español.

En cuanto a mis conocimientos físico-químicos se mostró más escrupuloso. Debe tenerse en cuenta que, según me explicó amablemente, el espionaje internacional es muy activo en cuanto a estas materias se refiere, y al manifestarles mi creencia de que en España no se han hecho ni se hacen investigaciones cuyos resultados puedan tentar la curiosidad ajena, me dijo:

—Eso no es absolutamente cierto. Yo soy levantino y debo proclamar orgullosamente que muchos años antes de que se pudiese soñar en la bomba de hidrógeno, las tracas conmovían toda Valencia. Una traca es una

invención terrible. Ha producido muchas sorderas y supongo que habrá derribado algunas casas. Pero, en fin, no se trata de nuestras experiencias sino de los conocimientos que usted misma pueda traer y que me vería obligado a considerar como contrabando espiritual. ¿Me negaría usted el derecho a registrar sus maletas? Pues más legítimo aún es el de registrar su cerebro para que no introduzca en nuestro país nada que pueda perjudicar la causa del pueblo. Así que, si sabe usted algo del átomo me lo escribe aquí, en un papelito, y me lo deja, que ya se lo devolveré cuando pase, de retorno, la frontera.

—Yo—le confesé—no sé del átomo sino que es muy pequeño.

—¡Ah! ¿Muy pequeño? Eso es muy vago. ¿Cómo cuánto de pequeño?

—Infinitamente pequeño.

Tomó una nota. Después quiso ver mis papeles. Los dólares que yo llevaba en la cartera retuvieron sus miradas.

—¿De modo—descubrió—que estos trocitos de papel son los medios de que se vale el feroz capitalismo y el odioso imperialismo norteamericano para sojuzgar al mundo?

No pude negarlo. Enmudecí y bajé la cabeza. Cuando volví a alzarla los billetes habían desaparecido en un cajón.

—Por el momento—decretó el señor cónsul—no debo permitir que este tentáculo del capitalismo penetre en la República Popular. Sería peligroso.

En seguida me informó de que, pasados algunos días, podría volver a recoger el pase de frontera.

Dos semanas permanecí en aquel pueblo y en sus alrededores y, a fuer de imparcial, debo decir que, comparando tal plazo con el que nosotros imponemos a los inmigrantes encontré que aquí nos superan en amabilidad, porque ni me reclusieron en ninguna isla ni me preguntaron si padecía alguna enfermedad ni si proyectaba atentar contra el mariscal González—jefe del Estado, como es sabido—, mientras que en los interrogatorios que nosotros obligamos a suscribir a quienes nos visitan, no falta una análoga pregunta. Y esto es muy recomendable, porque si de un buen demócrata se quiere: «¿Intenta usted asesinar al Presidente?», y el buen demócrata responde «No», ¿cómo va después a asesinar al Presidente?

Creo haber aprovechado bien la espera, ya que la empleé en hacer observaciones relacionadas con mi deber informativo. Aún no estaba en España, pero hasta allí trascendían sus asuntos. Es lo mismo que cuando no se ve la luz pero sí el resplandor que de ella brota. En el sur de Francia es posible registrar consecuencias de lo que ocurre al otro lado de los Pirineos. Uno de los fenómenos más repetidos y comprobables es la fuga de ciudadanos de las Repúblicas Populares hispánicas. Trepan por los montes o se lanzan al mar para pasarse a territorio galo, a pesar de que aquí los llevan a campos de concentración. Los enemigos del mariscal González se esfuerzan en deducir de la huida de tales sujetos disgusto contra su gobierno, y hablan de hambre y de calamidades. Pero yo no vine a recoger murmuraciones sino a contar objetivamente lo que veo y a aplicarle, en todo caso, mi buen juicio de norteamericana que desea el bien de todos los humanos. Y yo digo que los rumores de que los españoles escapan porque no tienen qué comer se avienen mal con las proezas deportivas que realizan. Escalar los Pirineos no es una broma, y ellos lo hacen; lo mismo que vienen a nado desde Fuenterabía y aún desde Pasajes, y he oído hablar de uno que, con el miedo por motor, llegó a Bayona desde la playa de Gijón. He concluido por pensar que la República convirtió a España en una nación de alpinistas y de nadadores sin igual en el mundo. Aunque otra cosa no fuese, esto bastaría para merecerle la admiración de los pueblos cultos.

El gobierno del mariscal González no ve con agrado estas excursiones porque dice que si todos los puntillitos descontentos, que no saben lo que les conviene porque están idiotizados por tantos siglos de régimen burgués, se ponen a gatear montañas y a hacer el somorrujo cuando va a inaugurarse el plan quinquenal (cuya primera acción consistirá en llevar en cubos el agua del Ebro a los ásperos campos de Los Monegros, donde van a explotarse grandes plantaciones de girasol, de cuyas pepitas se alimenta del 90 por 100 de la población española) no quedarían brazos ni piernas para reconstruir el país. Y no le falta razón.

Por tanto, no es extraño que se procure activamente la repatriación de los fugitivos. Este afán de recuperar lo que les pertenece produce en ocasiones ciertos errores cuya importancia no hay que exagerar. Hace diez días, un grupo de agentes del mariscal le echó un saco por la cabeza a Mister F. Y. Harris, corresponsal norteamericano de la revista *Yes*, y se lo llevaron en un coche, confundiendo con un reaccionario de Jerez que había conseguido fugarse. Hasta ahora no se sabe nada de Harris, pero en cierta manera la culpa es de Harris que, sobre ser moreno y gustarle el vino, desconoce el castellano hasta el punto de no poder ni aun decir que no es español. Comprenderán ustedes que si le dicen: «Usted es un retrógado jerezano» y él contesta *New York Herald* u otra frase análoga en inglés, no hay medio de que se den cuenta de la equivocación. Confiemos en que cuando nuestro compatriota, Mister Harris, aprenda el castellano lo suficiente para contar su historia, las democráticas Repúblicas Populares Ibéricas lo dejarán en libertad. Yo así lo espero y me complazco en trasladar esta buena impresión a su mujer y a los cinco hijos que le aguardan en Boston.

## El magnífico régimen de las pepitas de girasol

Madrid, 25.—(Crónica de Mistress Anna Smith, enviada especial del «New Look»).

Ya estoy en España. Mi paso por la frontera ofreció ciertas dificultades de las que sólo mi maleta tuvo la culpa, porque abierta ante los aduaneros populares

resultó estar llena de artículos sospechosos. Como me dijo la matrona popular encargada de registrarme, lo mismo mi traje de calle que mis zapatos, que mi capa de piel de gatos del Canadá y mi cepillo para los dientes denunciaban ante el menos sagaz un alma corrompida por preocupaciones burguesas. Cada uno de los funcionarios que intervinieron en tales operaciones me fué dando el buen consejo de dejar allí, en su poder, aquellas prendas que más podían comprometerme, que casualmente eran las que más habían despertado su interés.

Me resistí y busqué un porteur que quisiera cargar con mi equipaje. Había, en efecto, sentados en cuclillas a lo largo del andén, varios mozos que, tras contemplarme a mí y a mi maleta, no se movieron. Me acerqué al primero de la fila y lo arrastré conmigo. Quitóse la gorra, escupió en las manos, cogió la maleta por el asa, hizo un esfuerzo y la volvió a dejar.

—Imposible—suspiró.

—Apenas pesa veinte kilos—dije—. Es de avión.

Movió la cabeza.

—No hay entre todos estos que aquí estamos uno sólo que pueda llevarla hasta el otro tren—aseguró.



—Entonces, ¿qué hacen aquí?—pregunté, más por despecho que por afán informativo.

—Por costumbre. Y también por si algún viajero quiere desprenderse de su merienda. Todos hemos pasado muchos años acarreado maletas tan grandes como un vagón y baúles que eran como el monte Igeldo. Entonces devorábamos docenas de chipirones, cazuelas de changurro, bistés de Villagodio, que a primera vista parecían almohadillas para viaje. Y bebíamos tanta sidra que, al andar, producía en nuestro estómago un rumor parecido al de las olas en la Zurriola de San Sebastián. Eran tiempos en que estábamos, sin saberlo, corrompidos por las ideas capitalistas anglosajonas. Hasta tal punto que nos sentíamos desventurados si alguna vez—como solía ocurrir a los más débiles—nos mordía un ardor de estómago provocado por las especies del changurro o por la tinta del calamar o por los ácidos de la sidra. Nuestras ideas estaban nubladas. ¡Mire usted que quejarse de un ardor de estómago! ¡Ah, cuánta nostalgia de ellos tengo y tenemos todos!... ¡Quién pudiera volver a sentirlo!... Comienza, ¿sabe usted?, con un ca-

lorcito..., y luego... así como si se nos diesen unos arañitos... y le vuelve a usted al paladar el regusto de lo que se ha comido... Pero me parece que usted bien sabe de lo que se trata. ¿Qué comen en su país?

—Conservas—respondí orgullosamente.

—He oído hablar. Bien..., cuando no hay otra cosa. Pero... allí son ricos. Tendrán chorizos de Pamplona, ¿no?

—No. ¿Qué es?

—Una cosa que se masca y se siente una delicia..., un perfume..., un sabor... Y hasta puede llevar usted un trozo en el bolsillo por si quiere distraer el hambre entre horas.

—¡Ah, ya sé! El chicle. Sí: tenemos chicle.

—Pues es una suerte.

—Bueno... la maleta.

—En aquel tiempo de que le hablo podía yo llevar esa maleta y a usted sentada encima, con una mano y cantando un zorzico. Pero desde que estamos ateniados al régimen popular revolucionario de las pepitas de girasol, no tengo fuerzas ni para andar con la llave de mi portal en el bolsillo. Dicen que dos docenas de esas semillas representan más calorías que una tortilla de patatas, que era una cosa que había antes, que ya no recuerdo si consistía en un postre de dulce o en un manjar corriente. Sin embargo, no sé qué me pasa con las calorías esas que no me sientan. Sólo deben de ser buenas para los huesos, porque ahora me salen por todas partes.

Tuve una idea. Abrí mi bolso de mano y le ofrecí a aquel hombre un emparedado, resto de mi refacción.

De un bocado, ávidamente, tragó la mitad.

—Ahora podré llevarle a usted la maleta—aseguró—. Muchas gracias.

La alzó, pero para volver a dejarla, asustado. Ante nosotros había aparecido un agente de la Policía Popular. Rápidamente, el mozo de tren tragó con disimulo la otra mitad del emparedado.

—¿De qué hablaban?—indagó el policía.

—De la maleta—balbucí, sorprendida.

—¿De qué hablaban?—insistió dirigiéndose al maletero.

El hombre no pudo contestar, quizá porque la falta de costumbre retrasase la deglución del bocado. El agente inclinó la cabeza para mirarlo de cerca.

—¡Tú estabas comiendo!—diagnosticó.—Por aquí va el pan..., pan blanco... ¡Caramba; y jamón también! ¡Niégalo si te atreves! Por aquí va el jamón...

A mi vez, observé la garganta del maletero, fruncida en pellejos tan finos que se hacían translúcidos, y ví claramente cómo el delgado trozo de jamón se denunciaba, bajando lentamente.

—Usted le dió jamón—continuó el policía—. ¿Cómo tiene jamón? ¿Y por qué lo da? Se trata claramente de un soborno. Usted es una espía. ¿Qué quiso saber de este ciudadano? ¡Vengan conmigo!

Y nos llevó. Perdí el tren y casi puedo decir que perdí la maleta porque cuando me la devolvieron todo lo que en ella había estaba inservible. Habían descosido los trajes, bañado la ropa interior en un líquido que debía revelar, si existiese, cualquier escritura secreta, las suelas y tacones de los zapatos estaban desprendidos y el tubo del dentífrico, sin pasta, porque lo vaciaron para saber si algo se ocultaba entre ella.

Pero no me ofendí. Al despedirme, di un fuerte *shake hand* al Comisario y le dije:

—Las democracias han de defenderse por todos los medios. Me complace haber conocido tan escrupuloso funcionario. Hablaré de usted en mi periódico. ¿Cómo se llama?

—Vete al cuerno—respondió ocultando modestamente su nombre bajo esa fórmula de amable despedida que los españoles emplean con frecuencia y que no tiene traducción comprensible en la lengua de Shakespeare y de mistress Roosevelt.

Ya en el tren me sentí feliz por ir a encontrarme en el corazón de la España que abandonó sus viejas tradiciones para incorporarse con su Federación de Repúblicas Populares a la enorgullecida lucha por el Progreso. Fácil será ahora que reniegue de sus tremendos errores, entre los que descollaba aquel de afirmar que un viejo marino llamado Cristóbal Colón fué quien descubrió nuestra amada América con la ayuda de los Reyes Católicos. De nada sirvió que en nuestras conmemoraciones oficiales hayamos opuesto a este *cauad* un adusto silencio y hasta la afirmación de que es a los italianos y no a los españoles a quienes debemos el haber sido revelados al mundo. Orgullosamente, España se aferró a su absurda historietta y aún llegó a decir que ella protegió con leyes cristianas a los indios y que, en cambio, nosotros los exterminamos con el alcohol y los fusiles. ¡Cómo si no se viese claramente lo que ocurrió, consignado con abundancia de detalles, en las películas del Oeste! Apena pensar que todos los costosísimos esfuerzos realizados en Hollywood—hasta en tecnicolor, para mayor claridad—en pro de la verdad de cuanto sucedió entre nosotros y los indios, no hayan logrado iluminar el entendimiento de esta nación papiستا e inquisitorial.

Pero todos estos prejuicios van desapareciendo con

la Revolución que puso al país en manos del Mariscal González y sus amigos. Nadie habla de Colón, naturalmente, pero también pude comprobar un síntoma más impresionante: ya no se torea en las vías públicas. Todos sabemos que una bárbara costumbre empujaba a los españoles a capear y estoquear en las calles y plazas de sus ciudades a infelices reses embravecidas por el dolor que les producían clavándoles arpones, navajas, anzuelos y sacacorchos, entre insultos y befas insupportables. Pues bien, yo puedo asegurar que en todo el tiempo que pasé en estas tierras no he conseguido ver un sólo hombre vestido de torero. Me han informado de que la última hazaña de esta índole ocurrió años después de proclamarse la Federación de Repúblicas y en la Plaza de Madrid, donde un toro fué fogueado—lo que acostumbraba hacerse para castigar a las reses de buenos instintos que se negaban a acometer, y así evitar que su conmovedor ejemplo contagiase a los toreros.— Los cohetes chamuscaron la piel del animal y no tardó en pasarse por los tendidos, llevado por el viento, un apetitoso olor a carne asada. Los espectadores, con las narices dilatadas, analizaban aquel perfume ya olvidado, cuando alguien gritó:

—¡Huele a rosbif!

Y el público, enardecido por la nostalgia, arrebatado por una gula nazi, se tiró al ruedo, en masa, para llevarse algunos bocados del toro. Los padres azuzaban a sus chicos, diciéndoles: «¡Ven, hijo mío: vas a probar la carne asada!». Las mujeres lloraban acordándose de los tiempos pasados y los hombres luchaban en torno al cornúpeto abrasado.

En aquel tumulto murió el jefe de la guardia personal de González, el director del «Boletín Oficial de la República» y cinco o seis personajes más.

Desde entonces se prohibieron las corridas. No quedaban más que diez toros y siete vacas en las dehesas y fueron conducidos a la ganadería particular del Mariscal, bien vigilados. Aun así, rara es la semana en que los enemigos del régimen de pepitas de girasol no les cortan algún bisté. Pero ya no es la barbarie de antes. Supongo que se alegrarán de esta noticia las sociedades protectoras de animales y el presidente de la Confederación de Boxeo.

En el tren no había más que clase única, de lo que se demuestran legítimamente orgullosos los dirigentes de la Federación hasta el punto que uno de los *slogans* más divulgados es el que dice: «Ciudadano: Antes tenías que soportar la desigualdad en los trenes; ahora ya está suprimida. Por ahí se comienza».

En realidad, en los trenes todos los viajeros son iguales. Cada uno puede recostarse en el vecino para dormir y poner los pies en el banco de enfrente; y a nadie se le ocurre indignarse contra un niño que haga pis en el departamento, porque si uno quiere, puede hacerlo también.

Me llevaron a conocer en San Sebastián algunas reformas ya triunfantes. Por ejemplo: en la cumbre del monte Urgull, donde se alzaba un monumento a Jesucristo, muéstrase una gigantesca cabeza de Carlos Marx cuyas barbas alborotadas ofrecen una particularidad: miradas desde la derecha, componen la silueta de Stalin, y desde la izquierda, la del mariscal González, lo que la gente admira y considera como prodigio no superado del arte.

Al segundo día de viaje, detúvose nuestro tren en un pueblecillo de la provincia de Burgos, lo que causó en él grande alarma, porque siempre se inutilizaba dos o tres estaciones antes. Pero, como pudo saberse después, el haber llegado unos kilómetros más lejos en esta ocasión debióse a que la locomotora era una de las tres que remedió el gobierno popular con los veinte millones de dólares que le concedimos los norteamericanos—al igual de lo que hicimos con Tito—para favorecer el avance de las democracias. De estos millones salieron las quince tuercas y ocho o diez tubos indispensables para que arrancasen tres locomotoras. No puedo dar detalles del empleo que se dió al resto del dinero porque se considera un secreto de Estado.

Cuando los vecinos vieron que nos deteníamos, dieron a correr por los campos, llevando cada uno ora unas mazorcas de maíz, ora una gallina, ora prendas de ropa, como si intentasen esconderlas, y esta dispersión impidió que pudiese interrogarles para componer una información acerca de la vida en los pueblos pequeños. Sólo pude hablar con un anciano cojo y quizá demente porque se empeñó en que yo iba a hacer una requisa y me juró que no tenía más que un queso y que estaba dispuesto a entregármelo si no lo apaleaba. Le dije que yo era norteamericana y entonces se llevó un índice a uno de sus párpados, tiró de él hacia abajo y habló así:

—¿Crees que voy a caer en la trampa, camarada? Sé muy bien lo que tengo que decir. ¡Abajo el imperialismo yanqui! ¡Muera el capitalismo anglosajón! ¡Abajo el imperialismo yanqui! ¡Muera el capitalismo anglosajón!...

Y no cambió de estribillo. Ya me había alejado, aburrida, cuando me alcanzó, corriendo cuanto puede correr un cojo y añadió:

—Disculpe. Se me había olvidado. ¡A la cárcel los destructores de Corea!

Y sonrió como el niño que cree haber triunfado en un examen. Me sentí conmovida.

Cuarenta horas después nuestro convoy estuvo en condiciones de reemprender la marcha. Salí del pueblo

sin haberme impresionado nada que fuese coincidente con mis impresiones. Alguien quiso mostrarme las ruinas de tres iglesias incendiadas. Pero mi experiencia profesional me enseña que estos son trucos que utilizan los oscurantistas para su propaganda contra la libertad de los pueblos.

De modo que... me negué a verlas.

## Entrevista con el Mariscal González

Madrid, 28—(Crónica de Mistres Anna Smith, enviada especial del «New Look»)

Acabo de celebrar la ansiada conferencia con el mariscal González, Presidente de la Federación de Repúblicas Populares de España. Este fué el principal, casi el único motivo de mi viaje y me encuentro satisfecha de sus resultados.

No es empresa fácil la de ser recibida por el mariscal. El palacio en que habita es sin duda la residencia presidencial más grande del mundo. Como es sabido, después de inspeccionar varias antiguas mansiones señoriales—muchas de ellas opulentísimas y de afamada arquitectura—dentro y fuera de Madrid, se decidió por el enorme edificio que hasta entonces ocupaba la Compañía Telefónica. Es un rascacielos que sin duda no se puede comparar a los que suben hasta las nubes en Nueva York, pero que descuella sobre todas las casas de Madrid. Se dice que el mariscal lo eligió por su carácter democrático—«Esto parece un pueblo puesto de pie», se cuenta que exclamó al verlo—y también porque después de haber luchado muchos años con las incomodidades de los pisos pequeños, ya le apetecía vivir con holgura.

En la gigantesca morada se han instalado todos los servicios directamente ligados a la Presidencia. Se obstruyó el paso en sus alrededores y se abrió una comunicación subterránea con el «Metro» cuya línea número 1 ya no funciona para el público sino para el mariscal y sus más próximos auxiliares. En la que fué estación de San Luis hay siempre un vagón de lujo pre-

parado para el caso de que el presidente, aburrido por tantas preocupaciones como el cargo le impone, resuelva dar un paseo por toda la extensión del túnel, en el que le acompaña el comisario de Turismo.

Se dice—pero no lo pude comprobar— que cuando alguno de sus colaboradores cae en desgracia y no es de buena política destituirlo, por contar con muchos partidarios entre las masas, el mariscal extrema con él sus consideraciones y lo llama, para consultarle, seis o siete veces cada día. Pero le suprime el ascensor. El despacho del Mariscal está en el último piso y son muchos los que hay que subir para llegar hasta tal altura. El personaje, ante el que el jefe de la guardia de ascensoristas se cuadra y da un taconazo a la prusiana para informar: «El ascensor no funciona, camarada», se siente instantáneamente infeliz. Y cuando el jefe añade: «Pero el mariscal le aguarda», el pobre hombre se lanza a la inacabable escalera de la Telefónica con la muerte en el espíritu. Se han encontrado trozos de muelas y de incisivos que saltaron a fuerza de rechinar los dientes, entre el cuarto y el quinto piso. Más arriba, ya no quedan fuerzas ni para eso.

Al cabo de cierto tiempo—que varía, según la resistencia individual—los sometidos a esta práctica dimiten, desoyendo los ruegos que se les hacen para que no abandonen su cargo. Existe, sin embargo, algún raro ejemplo de perseverancia. El camarada que administra la Hacienda Pública sube a gatas todos los peldaños desde hace cinco meses, diez veces diarias. Claro que



está hecho un asco y por poco que abra la boca se ve que ya tiene el corazón asomándose por la glotis.

Antes, el mariscal se divertía—un poco paternalmente—dejando caer objetos desde la terraza del ático y ordenando a este técnico de las Finanzas.

—Me cayó el mechero a la calle, Gutiérrez; ve a buscarlo.

Y así le obligaba a subir más veces. Pero ahora hay un pequeño grupo de paracaidistas que, cuando es necesario se lanzan desde el ático de la Gran Vía para atender cualquier encomienda urgente.

—Señor mariscal—dije al presidente cuando me permitió interrogarlo—, la prensa norteamericana transparente el disgusto que en mi país producen los frecuentes movimientos subversivos a que se entregan las masas proletarias en la República hispanoamericana. Existe el recelo de que el gobierno de Madrid los provoque y ampare. ¿Puedo conocer su opinión?

—Es una cuestión muy delicada—declaró el mariscal—. La prensa capitalista de su país la explota para cultivar su política de confusión entre nosotros y las Repúblicas hispánicas. Resulta natural que veamos con simpatía los esfuerzos de aquellos hermanos. Nos sobran razones: un pasado común y unas aspiraciones también comunes en el presente...

—Pero es que en el Senado norteamericano se han presentado pruebas de que desde aquí se organizaron revoluciones y que aquí han sido preparados sus dirigentes en escuelas especiales. Y se ha publicado la fotocopia de un recibo de armas firmado por un jefe comunista del Brasil...

—¡Qué cinismo!—comentó el presidente de la Federación de Repúblicas Populares.

Y se rió con sarcasmo.

El comisario de Prensa, que asistía a la entrevista, hizo eco a aquella risa; dos generales de Estado Mayor que decoraban la puerta, rieron también; la guardia, que estaba al otro lado, rió con más fuerza junto al ojo de la cerradura, para ser oída; los centinelas que jalonaban los peldaños de la escalera, se solidarizaron con la hilaridad de su jefe, aunque no sabían de qué se trataba, y así hasta llegar al portero mayor, que lanzó una sonora carcajada. A dos transeúntes que en aquel momento iban por la acera y guardaron un aire serio, se les pidió la documentación y fueron detenidos.

La risa sarcástica volvió a ascender, de rebote, y cuando cesó esta apasionante muestra de identificación con el presidente, me dijo el mariscal:

—Me asombra ese cinismo de las potencias capitalistas. ¡Los suministros de armas!... ¿Es que no han facilitado ellas, incesantemente, armas a todos los países que les convenían y en todas las condiciones? No negaré que se las vendimos a Hispanoamérica, pero Francia, Inglaterra y los mismos Estados Unidos lo han hecho otras veces. En cuanto al funcionamiento de nuestras Escuelas y Universidades comunistas es absolutamente normal, y están y estarán abiertas a los ciudadanos de cualquier nación para esparcir la cultura y el progreso. A nadie puede extrañar que acudan a ellas mejicanos o argentinos o chilenos o colombianos. Lo raro sería que viniesen senegaleses.

—¡Ja...!—comenzó a hacer el comisario de Prensa, pero se corrigió, fingiendo carraspera cuando vió que el presidente conservaba un gesto grave.

—Nosotros—siguió el mariscal—tenemos muchos problemas comunes con las naciones hispanas de América. Y les ayudaremos a emanciparse del capitalismo, de

las supersticiones religiosas y de los influjos del imperialismo.

—Pero es notorio que esa actitud inquieta y desagradada a mi país.

—Es comprensible, aunque también será inútil. Los pueblos hispanoamericanos se unirán en un poderoso bloque contra ustedes, bajo la inspiración comunista. España les ayudará. Ya hemos firmado tratados comerciales y alianzas militares con los gobiernos revolucionarios de Méjico y de Guatemala, ya se perfila el Pacto de Defensa del Caribe, ya tenemos en Madrid,



como embajadores a líderes del comunismo en América del Centro y del Sur.

—¿Y de los incidentes en la frontera portuguesa?

—No hubo incidentes. Lo que sucede es que Portugal quiere pasar a ser la República número 54 de la Federación. No se trata de agentes nuestros, como propagan nuestros enemigos, sino de que Portugal, como el mundo entero, admira y envidia nuestro régimen y desea incorporarse a él.

—Dígame, mariscal, ¿no están en la cárcel tres periodistas norteamericanos y uno inglés?

—Ciertamente. Faltaron a la «Ley contra la transmisión de noticias más o menos falsas». Pero esto no

autoriza a decir que perseguimos a los enviados de la prensa extranjera. Precisamente estoy estudiando la posibilidad de rebajar a dieciocho los veinte años de trabajos forzados que se les han impuesto. Y, vea usted, apenas hace un mes, concedimos la condecoración del «Mérito Fetén» a Sam Pope, corresponsal del «New York Times» por sus crónicas rezumantes de devoción hacia nuestra República. Créame, Mistress Smith, se exagera mucho. Con eso de que están encerrados dos cardenales y diecisiete obispos más, los fascistas del extranjero están alborotando. ¡Pero, señor: si ellos han confesado sus culpas, si no tuvieron empacho en declarar que eran espías disfrazados y que tramaban un terrible complot y que estaban a sueldo de las potencias capitalistas!... Y todo espontáneamente, por su propia voluntad... ¿Qué quieren ustedes que hiciésemos?

—Y, ¿por qué el embajador de Rusia fué el único diplomático invitado a las recientes maniobras militares?

—Porque Rusia..., a pesar de todo..., sigue siendo la madre del proletariado consciente del mundo. Y con nosotros se porta muy bien. Ahora va a devolvernos los niños que se llevó de aquí durante la revolución del 36. Y lo hace con un espíritu de escrupulosa honradez del que se dará usted cuenta si le digo que como los niños que se llevó son ya viejos, nos mandará otros nuevos. Niños, verdaderos niños, de las mismas edades que los otros. Claro que... como en Rusia escasean, nos donarán chiquillos chinos, chinitos que adquirieron ahora del Tibet y de más allá del Tibet. Pero ya se sabe que todos los niños se parecen. ¿Qué más da? El caso es que si chiquillos se llevaron, chiquillos nos reintegran. A eso se llama ser decentes.

—Se sabe que los gobiernos de París, de Londres y de Washington presentaron reclamaciones acerca de la expropiación de Peñarroya, de Ríotinto, de la Telefónica... ¿Qué se les contestará?

—No admitimos negociaciones. No queremos oír nada a ese respecto. Por eso hace medio año que no recibo a los embajadores de tales potencias. Y si alguna vez vienen... no habrá ascensor.

—Sin embargo, la propiedad de esos bienes, señor mariscal...

—Oiga—me interrumpió—¿sabe que ya me están cargando sus preguntas?

—Pero, señor mariscal...

Entonces, con un movimiento lleno de esa maravillosa energía que este gran estadista pone en el gobierno de su país, me arrebató el sombrero y lo arrojó desde la azotea a la calle.

—Si quiere recoger ese chisme—me dijo—dése prisa en bajar porque dentro de diez minutos barren.

Esto quería decir que la entrevista había terminado. Lo comprendí con perspicacia yanqui. Salí. El comisario de Prensa, con aire distraído, me hizo caer con una zancadilla bien estudiada, y el señor mariscal se rió, sin duda para darme a entender que quedaba bien impresionado de mí.

Como yo lo estoy de este país que realiza un esfuerzo sorprendente para salir de la oscuridad espiritual en que estaba sumido y que tan enérgica y tenazmente le reprocharon nuestra Prensa y nuestros gobernantes, que por algo se negaron a prestarle otra ayuda que los sinapismos de sus ataques. Sin duda a tal terapéutica se debe la plausible reacción de España hacia el progreso y la democracia en que ahora vive y de los que procuré dar una idea en mis crónicas.

Con el deseo de que pueda adquirir cualquier libro que precise, la Administración de Ediciones MVNDO HISPANICO le ofrece este lote de libros:

## BIBLIOTECA DEL SUSCRIPTOR

<i>Yo escogí la libertad</i> , Victor Kravchenko ... ..	40,00
<i>Pío XII y Roosevelt</i> , Su correspondencia durante la guerra ... ..	25,00
<i>El problema político</i> , Torcuato Fernández Miranda ... ..	25,00
<i>La amenaza mundial</i> , Williams C. Bullitt ... ..	30,00
<i>La Europa que he visto morir</i> , Carlos Sentis ... ..	22,00
<i>Hacia una nueva guerra</i> , Pedro Gómez Aparicio ... ..	40,00
<i>Alemania y la reorganización de Europa</i> , Claude Moret ... ..	20,00
<i>Europa y sus fantasmas</i> , Joao Ameal ... ..	28,00
<i>Historia del mañana</i> , Curzio Malaparte ... ..	40,00
<i>De la guerra inevitable</i> , León Van Vassenhove ... ..	13,00
<i>Cruzada en Europa</i> , D. Eisenhower ... ..	75,00
<i>La crisis mundial</i> , Winston Churchill ... ..	40,00
<i>Hacia la democracia cristiana. La democracia al día</i> , Stafford C. ... ..	40,00
<i>Europa entre dos guerras</i> , Jacques Chastenet ... ..	30,00
<i>¿Qué será de Europa?</i> , J. J. Inchausti ... ..	18,00
<i>Dios no duerme</i> , Susanne Chantal ... ..	30,00
<i>Metafísica del bolchevismo</i> , Iván de Kologriwof ... ..	10,00
<i>El bolchevismo ruso contra Europa</i> , Roberto Suster ... ..	15,00

<i>Historia de un año</i> , Benito Mussolini ... ..	20,00
<i>Stalin y sus crímenes</i> , León Trotsky ... ..	30,00
<i>Roosevelt y los rusos</i> ... ..	50,00
<i>Stalin en Norteamérica</i> , señora de Roosevelt y otros ... ..	20,00
<i>Yo, comunista en Rusia</i> , E. Vanni ... ..	40,00
<i>Los Mariscales rojos hablan</i> , Coronel Zirilo D. Galinov ... ..	25,00
<i>Yo he sido marxista</i> , Regina García ... ..	30,00
<i>Rommel</i> , Desmond Young ... ..	60,00
<i>A través de la Rusia soviética</i> , Juri Jermak ... ..	15,00
<i>Mi defensa</i> , Charles Maurras ... ..	20,00
<i>Churchill (Memorias)</i> , Fascículos publicados, 47; precio de cada uno ... ..	10,00
<i>Roosevelt</i> , F. La Madrid ... ..	25,00
<i>Misión de guerra en España</i> , Carlton J. Hayes ... ..	30,00
<i>Por el exilio inmenso</i> , P. Madrigal ... ..	30,00
<i>Entre Hendaia y Gibraltar</i> , Ramón Serrano Súñer ... ..	35,00

Los libros van marcados a su precio, y por cada pedido de 100 (cien) pesetas que usted haga recibirá un vale de 20 (veinte) pesetas, que puede ser canjeado en la adquisición de nuevos libros.—*Formas de pago*: En España serán enviados por correo contra reembolso. En el extranjero, previa remisión de su importe, en cheque de dólares, que se abonarán al cambio del mercado libre en la Bolsa de Madrid, en la actualidad 39,85 pesetas por cada dólar.—También se admitirán cheques en cualquier moneda que se cotice en España. Dirija sus pedidos: Señor Administrador de EDICIONES MVNDO HISPANICO, calle Alcalá Galiano, 4, MADRID.